

REPASO DE LECCIONES

Una novela de Bresciani

No resulta incómodo, en momentos de la vida, repetir lecturas de la primera juventud. Es un repaso de lecciones con el que se pulsan los cambios sufridos, con el tiempo, en nuestra sensibilidad, y también la permanencia inalterable de ciertas emociones que el tiempo ha dejado intactas. Se trata de una novela, que colmó de generoso impulso romántico el volumen risueño de nuestra infancia. Nos transmitieron sus páginas el afán vehemente de ser zuavos pontificios, para derramar la sangre en defensa del Pontífice. ¡Eran tan conmovedoras y sentimentales! Nuestra infancia entonces se abría a la claridad rosada del más ideal romanticismo. Se sentía en el corazón el desarrollo impetuoso de la acción heroica. Aquella novela agravó, en lo más íntimo, un perenne recuerdo de pureza espiritual. Se titula la novela "Olderico" y la escribió en 1861 el Padre Antonio Bresciani, uno de los más destacados escritores de Italia. La edición española apareció en Barcelona en 1863 "adornada con primorosas láminas y retratos". A fines del siglo XVIII vió la luz el Padre Bresciani en el Tirol. Sus obras tuvieron un risueño éxito en toda Italia, y cuando se sosegaron en parte los trastornos políticos en 1850, se trasladó a Nápoles encargándose de la parte literaria de la "Civitta Cattolica". En ella comenzó a publicar "Olderico, de las que sus contradictores hicieron los mayores elogios. En aquella época se consideró a Bresciani "como la más ilustre pluma de la actual Italia", pero los asuntos que esa mágica pluma trataba era lo que para muchos mereció reproche. Y el Padre Bresciani replicaba: "Esta mi pluma, al ver yo que otros italianos trabajaban para derribar a Italia todo su antiguo honor y reputación, con el fin de barbarizarla, la he hecho correr siempre para manifestar a los jóvenes que la gloria más sublime de Italia es la majestad del Pontificado que ésta posee en Roma, sede de la verdad y fuente de la vida eterna para los que fundan su creencia en la roca del Vaticano y permanecen fieles al Pastor, el cual reina en ella y de cuya cumbre

despide rayos de luz con que fecundiza la fe, nutre la esperanza e inflama la caridad en las mentes y pechos de los mortales. La pluma que se ocupa en defensa de la Iglesia puede llamarse divina. Si el ser italiano importa destronar a los antiguos monarcas, despojar a la Iglesia de sus estados, separar de su augusta sede al Vicario de Cristo, desterrar y encarcelar a los cardenales, obispos y prelados; asesinar y fusilar a los Ministros de Dios; robar y destruir sus iglesias... antes preferio ser cósaco, tártaro o beduino". Como ocurre con frecuencia en casos de esta índole, el reproche llevaba en sí la promesa más halagadora. Un adversario en ideas, expone su deseo: "Quisiera ver su gloria en la plenitud, y no ofuscada por nube alguna, y su nombre que no suena bien en la boca de ciertos hombres que todavía tienen sentimientos cristianos, quisiera verlo acompañado por las bendiciones de veintidos millones de italianos, que lo quieren contar entre sus hermanos". Pero Bresciani contestaba con gracia que tantas bendiciones le ahogarían y que no le elevarían, no ya al cielo, "pero ni siquiera un palmo de la tierra".

¡Que diría hoy si levantara cabeza aquel hermoso carácter que supo vencer tan gallardamente la tentación de la gloria! Recomendaba a los italianos el ejemplo de Ulises: «Tápanse los oídos, avancen intrépidos por las sendas de la Religión, de la piedad, de la justicia y del honor, y serán verdaderos italianos y felices».

Su pluma se movió siempre al ritmo poderoso de los impulsos que inculcaba. Su vida fué un claro testimonio. Eso es su novela "Olderico": un avance intrépido por las sendas, entonces erizadas de obstáculos y lindantes con la muerte, de la religión, del honor y de la piedad. Pero Bresciani sabe que el interés máximo de la novela estriba en el contraste y junto al ardor bélico, inspirado por una noble causa, ha tejido primorosamente el fino encaje de un bello amor. El héroe está enamorado. Así, pues, conforme se fortalece y densifica su gesto de audacia por la lucha y se acerca más al peligro, se aleja más de su amor. Su dulce prometeda le aguarda en aquel castillo que se refleja en las aguas azules del Loire, y en cuyos cuarteles de nobleza campean los escudos de Bretaña, Haynaut, Ponthieu y Lothier, las cuatro grandes familias de los más poderosos señores de Francia. Ama con todo su corazón a su Olderico, es ya su prometido y cifra en él su más anhelada felicidad. Pero quiere también que sea un bravo defensor de la causa del Pontífice y sus plegarias continuas son para que el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles no sea profanado por las turbas sacrílegas. Siente correr por sus venas la sangre bretona «que arde por el sosten de la religión, de la Patria y de la Justicia», pero siente también que la dicha inunda su corazón con solo reposar el pensamiento en el amado. «Seremos dos víctimas—dice a su Olderico—yo, del corazón; tu, del corazón, de tu brazo y de tu sangre». Ejemplos de estos, resplandecientes de fuego de sacrificio, sobrecundaron en aquellos tiempos luctuosos para el Pontífice. El capítulo «Las esposas y las madres» de la novela de Bresciani bien

AHORA MUERTA, VIVES MAS...

La habían dicho que no,
y ella lloraba en silencio
el pecado de su amor,
ya perdido sin remedio,

Los cabellos se mesaba,
daba sus quejas al viento,
clemencia al cielo pedía
para su triste tormento.

Lágrimas crudas de sangre
por su rostro iban corriendo
si grande era su congoja
aún mayor su abatimiento.

Pasaron largos los días
y su tez de terciopelo,
poco a poco marchitando
iba el dolor siempre nuevo,

Consumía lenta fiebre
juntos el alma y el cuerpo,
que por decirle que no
ella le amó con más fuego.

Hija del alma: Despierta,
decía su madre quedo,
mira a tu padre llorando,
que por tí va a quedar ciego.

Ciego lo estuvo —contesta—
cuando me puso su veto
para mi amor tan sublime,
tan dulce y tan verdadero

¿Ya no hay remedio hija mía?,
no madre, no hablemos de éso,
el alma me la arrancásteis
¡y yo por ello me muero!

Hija del alma querida,
primavera, flor, lucero,
vuelve en tí, no te atormentes,
vive, mi vida, mi Cielo.

Pero ella ya no contesta,
asida a su brazo yerto
su madre rompe en sollozos,
viendo sus ojos abiertos.

Por la tarde hasta su tumba
la llevaron en un féretro
forrado de blanco y oro
y una cruz puesta en el medio.

Al pie de la sepultura
la madre enjuga en su velo
lágrimas de su agonía
mientras besa un guardapelo.

La habían dicho que nó
y ella murió en el silencio
de la pobre flor que agosta
el más inhumano cierzo.

En un ciprés que se alzaba
al lado del mausoleo
la cantaba cada día
un triste y pobre jilguero.

Niña mía le decía,
ahora soy el compañero
que no te olvida un instante,
tu reposas, yo te velo.

Sobre el cielo que te guarda
yo he leído tu misterio,
eres el ansia, la vida,
el imposible, lo incierto,

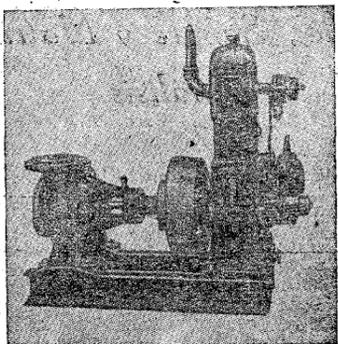
Tú en el amor hallas muerte
y yo que vivo, no creo
haber sido amado nunca
y por eso tango miedo.

Más que nunca hayas vivido,
vives ahora que te has muerto,
por que ya nunca podré
borrarte de mi recuerdo...

FRANCISCO-EMILIO GARCIA

LIBRERIA CARBO

Taller de encuadernación



Motores de explosión
Bombas para riegos

Avda. Generalísimo, 174 - Teléf. 86
GRANOLLERS

puede pasar por su epílogo de la historia de los mártires. En la ficción novelesca introduce Bresciani, como una veta de bronce, la relación rigurosamente histórica, sacada de fuentes genuinas, de estos casos heroicos de fidelidad al Papado. Olderico, enamorado, combatió a las órdenes de Lamoriciere, en defensa de los Estados Pontificios. No faltan capítulos de interés creciente y de emoción intensa. Bresciani, novelista de buen gusto, ha sabido dosificar con acierto, la narración novelesca y el relato histórico, logrando una de las más bellas páginas de aquellos sucesos de gran exaltación para la fe. Olderico luchó bravamente. Su hermosa prometida lo creyó muerto en la lucha y se ofreció a Dios. Pero Dios quiso premiar su gesto, revelador de su fidelidad, y el zuavo fué su esposo... Nunca es estéril el heroísmo por la causa de la Religión, de la Patria, de la Justicia.

ELADIO ESPARZA

MILES de POSEEDORES!

Neveras
FRISAN

Avenida del Generalísimo, núm. 174 - Teléfono 86
GRANOLLERS